

Los Partidos, sin quererlo, hacen labor anexionista

Me veo en la obligación de contestar a ciertos ataques del "Heraldo de Cuba" y apelo a la hospitalidad generosa de LA PRENSA. Digo que estoy obligado a contestar a "ciertos" ataques, por no sentirme dispuesto a responder sino a los que, por su índole, considero de trascendencia. El "Heraldo de Cuba" es el órgano de los "miguelistas fanáticos" y, como el fanatismo es pésimo consejero, lo ha llevado a cometer dos graves errores: uno la publicación de una carta privada que, impresa, compromete a su autor en un juicio poco atinado y poco serio; y otro la réplica, de su cuenta, a las declaraciones en que, por mí y por mis amigos, rechacé los cargos que la desgraciadísima carta del héroe contenía. Transformada en documento político, la carta se presta a deducir, por ser lo que en ella se trasluce, que el General Gómez se propone gobernar en sentido inverso del "puritanismo", ya que él desdeña a los puritanos, y más aún, que, para la viabilidad de su candidatura, recomienda la intervención extranjera. Los patriotas reunidos en la Asamblea de Julio no se habían pronunciado en contra del General Gómez; no se le aludió en ninguno de los debates que precedieron a la designación del Directorio; y esto fué, así, porque, previsora-mente, no se quiso hablar sino de un gran movimiento en pro de amplias rectificaciones nacionales. Pero, de improviso, los "fanáticos", dando muestras de una impaciencia culpable, nos presentan al general en actitud airada, como si las rectificaciones a que nos referimos debieran causarle perjuicio; nos lo presentan lanza en ristre contra los que aspiramos a una batalla más por las libertades públicas; y, de este modo, los "fanáticos" inducen a los iniciadores del movimiento a descubrir, en Gómez, a uno de los obstáculos pavorosos con que el proyecto de conquistar el bien tropezaría. Los liberales, de esta manera, entienden que las campañas de saneamiento contribuyen a perpetuar la Dictadura; y se les antoja que el método único de conducirse un patriota como enemigo del "tirano" consiste en aceptar, por legítimas, todas las inconsecuencias de sus jefes; en apoyar la táctica de una oligarquía que pretende sustituir a otra oligarquía. Se agita, así, la política cubana, en una enconada pugna de incoherencias que amenazan de muerte a la República.

Nadie ignora que tal es la realidad; que entre esas breñas, hay un camino, el de los principios, el señalado por los próceres, que nadie transita; pero, al "Heraldo de Cuba" se le ocurre, y lo dice con franqueza desconcertante, que abominar, como yo abomino, de las actuales tendencias, resulta irrisorio; y mis argumentaciones, de suyo lógicas, en desacuerdo con la Dictadura de un lado, y el in-

tervencionismo de otro, obedecen, a su juicio, a mi "costumbre" de hacer escudo de las "bellas teorías", olvidado, como vivo, de que la política es cosa "eminentemente práctica". A fuer de ingenuo confesaré que esta acusación, tantas veces repetida por mis contradictores, jamás me había producido tan hondo efecto, descensuelo tan profundo, como al leerla en las columnas del "Heraldo", que es un hijo de mis entrañas, engendrado, precisamente, para difundir esas mismas doctrinas que ahora desconoce y niega. Mientras yo lo dirigí, ese fué el pensamiento del "Heraldo"; y hasta hace muy poco mis sucesores juraban siempre, en los días de fiesta, echando a vuelo las campañas, que el gran periódico no se apartaría de las orientaciones de su fundador; esto es, que el "Heraldo" continuaba enamorado de las "bellas teorías", de "mis bellas teorías". Y tanto así, que, después de la injusta clausura que sufrió por consecuencia de la revolución de Febrero, al emprender su nueva jornada, en Diciembre de 1918, con casi dos años de silencio, el ilustre Coronel Mendieta, hizo, en un elocuente artículo, esta hermosísima afirmación, de la que me siento orgulloso: "Tal es el programa del "Heraldo de Cuba". Y no se desviará de él; porque dejaría de ser lo que fué al crearse en las manos patrióticas y expertas del insigne Márquez Sterling y lo que continuó siendo bajo la égida del doctor Ferrara". Conservo las bases que redacté en 1913 para la fundación de ese robusto órgano de la patria; y en nada difieren de las que acabo de escribir, con el integérrimo José Manuel Carbonell, para el nuevo partido en embrión; "ilustrar—dicen unas y otras, palabras más o menos,—ilustrar el concepto público de la soberanía con todo lo que implica, para cada ciudadano, su inviolabilidad y sus responsabilidades, a fin de que se arraigue, en el alma de todos, el ansia imperiosa de resolver siempre, y en cada caso, por el propio esfuerzo, las dificultades políticas y los conflictos nacionales desencadenados, las más de las veces, por la intolerancia de los partidos y la ambición irrefrenable de los pretendientes; y, por último, contrarrestar las iniciativas "intervencionistas" que comprometen la vida de la República y pretenden convertirla en una triste ficción de independencia marcada con el estigma de un reconocimiento arbitrario de incapacidad para el Gobierno propio". A esto se debe, sin duda, el rápido y extraordinario éxito del "Heraldo" que, en breve tiempo, alcanzó tiradas gigantescas; y tan fieles discípulos formé, en aquella casa, que mucho más tarde, ya nacida "La Nación", fustigó el "Heraldo", con tremenda frase, que no quiero repetir, al señor Arozamena, exPresidente de Panamá, que se hallaba en la Habana, de paso para Washington, a donde iba con el de-

signio de obtener, para su vacilante país, exactamente una supervisión electoral. Pero si, a la postre, el "Heraldo", alocionado por la experiencia, abjura de mis "bellas teorías" y no pierde ocasión de eclármelas en cara, ¿qué juicio novísimo tiene hoy de mis campañas contra la Dictadura en aquel período luctuoso que siguió a la infeliz revuelta, cuando, a riesgo de las cóleras del poder, defendí al propio doctor Ferrara, justificué la rebeldía de Gómez, y no dí reposo a la pluma en la tarea de flagelar al Gobierno por sus excesos? Porque, si mi costumbre ha sido escudarme en "las bellas teorías", la razón, tal y como la concibe ahora el "Heraldo", estaba de parte de la Dictadura, que obraba sin romanticismos, de acuerdo con sus particulares intereses, y en armonía con el actual criterio del "Heraldo". Si la realidad indestructible es el mal presente y se toma por demencia enfrentarse con la realidad, a los cuerdos no les pertenece actuar en la oposición, y el "Heraldo" está obligado, para no llamarse

conmigo romántico, a someterse a la realidad del Gobierno, y a todas las realidades conturbadoras, que, dentro y fuera del Gobierno, ostentan ufanas el blasón odioso del éxito implacable.

Un personaje liberal, de los más connotados, que embareó recientemente con rumbo a los Estados Unidos, me dijo en el muelle, en el instante de partir, estas palabras: "Necesito una larga entrevista contigo, y la tendremos muy pronto, a mi regreso. Entre tanto deseo que sepas mi parecer. Estás en lo justo. Hay que laborar como tu estás laborando. El hecho es que los partidos políticos actuales, inconsciente o conscientemente, hacen la obra de la anexión, y yo no soy ni quiero parecer anexionista." Las frases cortas y sintéticas de este personaje, por lo que admiro su talento, por lo que él significa, y por lo que, siendo suyas, transparentan, me preocuparon lo indecible; y sobre ellas, analizándolas, desmenuzándolas, reconstruyéndolas, he meditado mucho. Desde el comienzo de la propaganda intervencionista me asaltó el temor de que, insensiblemente, sin malicia, de parte de los propagadores de la idea, resultara la argumentación provechosa a los que, en secreto, abogan por anexarnos, o a los que anhelan, silenciosamente, pero con ardor, que nos anexemos. En efecto, leyendo la réplica impremeditada que fulmina el "Heraldo" contra mí, se experimentan las sensaciones desoladas que producen los viejos y amarillentos alegatos de Bellido de Luna, las biliosas y amarguísimas páginas de José Ignacio Rodríguez, y el frío epistolario de Estrada Palma. Inevitablemente, el cultivo de la tendencia intervencionista abona el terreno donde enemigos disimulados quisieran ver fecundar el germen del anexionismo. Se parecen tanto ambas orientaciones entre sí que podrían confundirse al arraigar, una sola de ellas, en el decepcionado corazón de nuestro pueblo. Y por eso, a semejanza de José Ignacio Rodríguez, de Bellido de Luna y de Estrada Palma, el articulista del "Heraldo" asevera que la República de Cuba soberana es una República de Cuba ilusoria; como

ellos acude al tópico irritante de la posición geográfica, y al recurso manoseado y falso de aplicar a nuestro problema, que es un problema de energía nacional y de bien entendido patriotismo, la ley física de la gravitación; los pueblos pequeños insaciablemente devorados por los grandes. Junto a una gran potencia ellos no imaginan posible la vida de un pequeño Estado, de raza diversa que se gobierne por sí mismo; y discurren que la República de Cuba, anticipándose al destino que su debilidad le asigna, debe rendirse inopinadamente al extranjero.

No hemos llegado, es cierto, al trágico minuto de la rendición, pero se observa cómo, en esa resbaladiza pendiente, los partidarios miopes de cada candidato se cuidan más de hacerse agradables y sugestivos al Gobierno de Washington, que no al pueblo cubano a quien intentan administrar; y de ahí que los conservadores, recelosos de una próxima derrota en las urnas, alenten la esperanza maligna de que el Presidente de los Estados Unidos niegue su sanción a la candidatura popular de Gómez. Con tal de sostenerse en el poder, o de adquirirlo, aceptan de aatemano, en la forma de un régimen prudente, la previa consulta a la Casa Blanca; y en poco estará que los presidentes de la República de Cuba sean simples delegados del extranjero, algo a manera de gobernadores de provincia aparentemente electos por sus desvalidos y defraudados contrarios. Pero, estos gobernadores, disfrazados de presidentes, ejercerán, entonces, el mando con el carácter peculiarísimo de los caciques locales; y celosos en cuanto atañe a reconocer y defender la inmunidad del capital, condición indispensable de las manos libres, como ya se dice, tirarán al indefenso pueblo, hasta que surja el imitador de Ataló que dejó a Roma la herencia de su reino de Pérgamo, desde luego, incluidos, en la parodia, el traslado a la metrópoli, la venta en subasta, y la distribución, a capricho, de los muebles, los cuadros, las estatuas, y las vajillas de oro, atesorados en el hoy nuevo Palacio—ricas prendas destinadas a un sitio predilecto en los museos de históricas reliquias de los millonarios norteamericanos.

Para evitar análogo infortunio, y destruir el imperio falaz que echó sus raíces en el golpe de Estado de 1916 (comienzo de la crisis que nos empuja a la catástrofe) se ha interpuesto la iniciativa de una vigorosa organización política diferente de las actuales; completamente libre de aquellos compromisos que hacen, de los males que ahora sufrimos, agrandado molde para la desgracias del porvenir. A este propósito laudable, que en manera alguna implica hostilidad a nuestros vecinos del Norte, sino, más bien, fe en sus virtudes; a este propósito, decía, que debió merecer el aplauso del general Gómez, de ser cierto que intenta él mismo rectificar, y que hubiera contado con el apoyo vehemente del

“Heraldo” a no haber abjurado de “mis bellas teorías,” los cubanos que rompimos el surco en la Asamblea de Julio, no titubeamos en llamar, a nuestras filas, a todos los patriotas, a los representantes genuinos de la noble aspiración de una República de Cuba sana e independiente, cada uno a contribuir con su esfuerzo, tan necesario y eficaz a la obra común; ya el del viejo paladín que trae las enseñanzas de la experiencia, ya el del sabio que difunde sus luces, ya el de la juventud que renueva la sangre de los partidos y renova el espíritu de la sociedad, ya el del proletariado que nos hace sentir, como una espuela desgarradora, la urgencia inaplazable de concretar en el manejo de los intereses públicos, el alto sentido de una verdadera democracia, con todo lo que ella supone al exigir igualdad sincera en los derechos y justicia purísima en los corazones...

M. Márquez Sterling